

en torno a la madurez de vida cristiana

Carlos Garcia Hirschfeld

Habría que decir ante todo que este tema ha preocupado siempre. Pablo tuvo el acierto de señalar terminantemente a Dios como "quien da el crecimiento" (1 Cor 3,7). El es, pues, quien hace crecer y madurar la fe. El problema es que, entonces como ahora, llevamos demasiadas cosas en la cabeza todos; y quisiera resaltar que ese capítulo 3º de la 1ª carta a Corintios no tiene desperdicios, porque despliega las dificultades todas con las que los hombres nos vemos, y avisa ante el peligro de adoptar, ante las mismas, actitudes pasivas. No es ése el camino, sino salir al encuentro de la vida e integrarse de verdad en este mundo nuestro "porque todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios".

Pero quisiera soslayar un lenguaje piadoso; no por nada, sino porque a menudo sospechamos que en semejante lenguaje se nos esté dando gato por liebre. Igualmente quisiera evitar toda indoctrinación, todo lo que suene a lección aprendida de memoria: ir a la búsqueda de una verdadera experiencia espiritual de crecimiento en la fe, equivalente a una instancia crítica, a una forma seria de vivir y asumir la vida.

Pero ¿por qué una actitud crítica ante el hecho de nuestra fe? ¿Qué camino cabe tomar a quienes, como la mayoría de nosotros, hemos nacido en una sociedad que se llama cristiana y que no nos ayuda precisamente a serlo? ¿en qué nos diferenciamos de los que no lo son? ¿basta decir, como muchos, soy cristiano pero no practicante? ¿basta culpar a determinadas instituciones? A cada uno corresponderá tomar el camino para su personal crecimiento en la fe; cada cual será quien deba mirar con humildad su propio deterioro espiritual, su falta de horizontes o la carencia de contenidos y esperanzas de su personal vida cristiana. ¿Qué se echa de menos en la personal situación? Es, a más de una pregunta, una responsabilidad y un paso serio para una reconversión de las propias actitudes profundas. El peligro volvería a estar en buscar una indoctrinación más o encerrarse en una reflexión moralizante sobre lo bueno o lo malo, la virtud o el pecado.

El necesario reforzamiento de una actitud crítica

Pero sí que valdría la pena, al comprobar la personal situación de nuestra vida de fe, reforzar una actitud crítica con respecto a nosotros mismos y con respecto a

nuestro entorno. Semejante actitud equivaldría a: 1) rehusar el desorden, el desequilibrio, allá donde esté, dentro y fuera de nosotros; y 2) desmitificar los proyectos de una sociedad y un mundo inspirados en lo que nada tiene que ver con el Evangelio.

1. Rehusar el desorden:

Se trata de algo que se puede decir de muchas maneras. La contestación del desorden, del desequilibrio o, incluso, de la propia anarquía interior, significa haber abierto un espacio, frecuentemente cerrado en el instinto de autojustificación y, a veces, de supervivencia. Lo importante es comprobar, en aquel espacio, y a base de una voluntad de lucha, en qué niveles se mueven nuestros apasionados o acomodaticios juicios de valor, nuestros egoísmos, nuestras durezas de corazón o nuestras irresponsabilidades. Siempre, antes o después, tendría uno que reconocer que es un don de Dios la lucidez para poner sobre nuestros actos y nuestras actitudes una mirada interior iluminadora.

Rehusar el desorden tendría, además, otro camino: comprobar la violencia que sobre nosotros ejerce lo que se ha llamado tentación o engaño o ilusión sobre la propia vocación o la propia identidad de creyentes. Equivale a decirse el nivel de verdad o mentira en que cada uno vive. Es aquello de Hegel: "estamos fácilmente instalados en una mentira perenne y complaciente". Se trata de algo que nos debiera estimular más acremente, dado que nuestro **desorden** se arropa y agazapa, con frecuencia, tras unas sinceridades bien poco críticas. Los mecanismos de disculpas volverán a aparecer, es normal; pero el camino deberá ser siempre el de una renovada actitud crítica ante la propia vida. Las ideas, las emociones, nos pueden, se nos imponen. Pero el encuentro con la persona de Jesús, como paradigma de quien ha sido, como nadie, víctima de la violencia de un verdadero desorden, vuelve a ser una luz en la confusión de la persona.

Desarrollar este discurso, si es que queremos evitar la trampa del lenguaje, es delicado. Ante Cristo, aplastado por la violencia del mal y del desorden, a cada uno le cabe todo un lenguaje de preguntas y respuestas, tanto más válido cuanto más se acerque a la propia vida y a unas resoluciones que nos permitan vivir con una renovada esperanza. Siempre será éste un camino difícil: la verdadera persona espiritual, o la verdadera madurez cristiana, será la de quien sepa andar por la vida no como en un espacio nunca más sometido a examen, sino como en una atención al Dios vivo de Jesucristo, que sigue actuando y haciéndose presente: Dios sigue interpelando al hombre, esto es lo que queremos decir cuando decimos que Dios está vivo. Si esto fuera de verdad un descubrimiento, la persona entraría en el espacio donde se relativizan ideas, emociones y proyectos; entraría en el orden, o en el camino, o en la lucidez, donde se deshacen los engaños y se redescubre algo de la propia identidad como creyentes.

2. Desmitificar lo que no es evangélico

¿No es, acaso, demasiado simplista identificar la madurez o el crecimiento de la persona con la alternativa Dios o no Dios, creer o no creer? ¿Acaso no hay personas sin fe, con una madurez espiritual y unos compromisos sociales más serios y convincentes que los de muchos cristianos? ¿Qué camino le cabe, entonces, al cristiano para encontrar una verdadera madurez?

Al cristiano le cabe hacer una lectura y relectura del Evangelio, hasta entrar en una longitud de onda que le acerque nítidamente a la persona de Jesús. Entrar en la historia de Jesús, no como mero espectador, sino como lector y, finalmente, compañero de camino.

Tratar con delicadeza este tema significa evitar cualquier dogmatismo solapado. Es verdad que la vida exige respuestas serias y compromisos; es verdad que el Evangelio tiene líneas muy claras que sitúan al hombre en un horizonte y en una posibilidad de respuestas comprometidas; y es, así mismo, verdad que la precariedad del lenguaje humano hace inevitable una traducción de la palabra evangélica, que a muchos puede parecer devastadora o reductora de todo lo dicho anteriormente.

¿Qué le cabe al cristiano que intenta madurar su fe? ¿es un simplismo decir que la fe es necesaria? ¿no tiene el hombre de hoy suficientes problemas en su cabeza y en su corazón, como para que sigamos pensando que es únicamente desde la fe como se le van a solucionar conflictos?

La fe no soluciona problemas, sería lo primero que habría que decir. Es más, hay quienes sin fe solucionan mejor sus propios problemas existenciales. La fe, sencillamente, es un don de Dios. Cada uno se la encuentra o no, de una manera o de otra, sin saber cómo ni por qué caminos. Aquí, cada uno podría experimentar, o confesar acaso, el nivel de fe, sus carencias, su ausencia de sentido en la vida, su ánimo o su desánimo para seguir adelante. Y sobre todo aquí cada uno tendría que resaltar el grado de equivalencia entre su fe y su vida: ¿qué es una fe ausente de la vida, o, a la inversa, una vida ausente de la fe?

La fe, como don de Dios, se vive en la vida, en la historia; será, entonces, lo humano, lo concreto e histórico, el espacio de lo religioso y lo cristiano. Lo humano, y todo lo que ahí en nuestro mundo se encuentra y que no es siempre fácil, será el espacio para el encuentro de Dios y el hombre. El **cantus firmus**, de que hablaba Bonhöffer, y que constituye para él la propia identidad del creyente, hay que mantenerlo, inseparable de ese **contrapunto** y esa **polifonía**, que constituye todo cuanto nos proporciona la sociedad actual: llámese dificultades, sobresalto, mal, dolor, desconcierto o sencillo ir hacia delante.

Es lo humano, hemos dicho, el espacio de lo cristiano. Y lo es, porque en ello estuvo Jesucristo. Y con esto confesamos los cristianos todo el horizonte y la profundidad de la Encarnación del Verbo. Creemos, pues, en el hombre, en lo humano; y, así mismo, creemos y necesitamos confesar que esto no es fácil. Y no es fácil, porque hay un diáspora de ideas, de situaciones y de emociones, que, desde

dentro y desde fuera de uno, hacen irrespirable el camino. Se encuentra uno con el mal, con el dolor, con la muerte; llamando muerte a algo más que el acontecimiento biológico que a cada uno atañe, para hablar de nuestro desangelado vivir entre dificultades. A esto último podemos llamar **misterio**.

¿Qué le cabe, entonces, al cristiano ...? Le cabe hacerse a la palabra de Dios manifestada en Jesucristo; le cabe leer y releer el Evangelio. Encontrar el misterio, será lo mismo que encontrarse cada uno con su **propia pasión**. Sin metáforas, y derechamente, habría que decir que los evangelios deberíamos leerlos comenzando por su final: Jesús, muerto y resucitado, Jesús dentro de toda la violencia del mal, el choque frontal con la muerte, el paradigma de cuanto puede padecer el hombre. Nosotros los cristianos sabemos y creemos que ahí está lo definitivo y, no precisamente como muerte sino como vida, como permanente posibilidad que se le ofrece al hombre, que necesita **pasar**, andar de puntillas, entre tantos acontecimiento que generan miedos, desolación o abandono.

Jesús ha muerto no es únicamente la constatación de un hecho histórico, cuyo recuerdo guarda piadosamente la comunidad de seguidores. **Jesús ha muerto** es un grito contra toda muerte, contra toda la violencia del mundo, contra todo lo que sigue provocando muerte, hoy día y siempre.

Quien se encuentre así con la muerte de Jesús, quien haya hecho esta lectura de las últimas páginas de los evangelios, habrá descubierto una referencia que tiene que ver con su propia vida. Quien da su adhesión a Cristo en la fe, debe saber que la vida de cada uno, con todas sus dificultades, **puede crecer** en un camino que aparentemente no conduce sino a muchas formas diferentes de morir. Las etapas del descubrimiento de la persona de Jesús irán coincidiendo con las respuestas personales que cada uno dé para encontrar vida, o nuevas posibilidades o nuevas esperanzas. Así es como el Evangelio será buena nueva o buena noticia, o luz, o resurrección. Nada de esto quiere decir que las exigencias y las dificultades desaparezcan. Lo que sí desaparecen, o deben desaparecer, son **los mitos**; lo que sí debieran desaparecer o invertirse son **muchos valores**.

Muchos mitos y determinados valores, que hemos vivido exclusivamente desde unos parámetros, y necesitarán vivirse desde otros: poder, estima, consumo, sexo, raza, grupos humanos y saberes ..., han ocupado demasiado lugar en la vida del hombre, han llevado al hombre a identificarse a esas realidades, como si fueran absolutas. Pero esto ha llevado al hombre a una decepción, a unas desesperanzas. Creemos que Jesús, con su muerte, desmitificó radicalmente cuanto necesitamos seguir desmitificando.

“El que se las dé de listo, tendrá que empezar a pensar de otra manera”

Así escribía Pablo (3, 18-19. 21-23) en la carta a Corintios, que citábamos al principio. Y semejante manera de pensar consiste, a juicio del mismo Pablo, en saber tratar la creación y, dentro de la creación, verse cada uno a sí mismo como

dependiente de Dios y de Cristo. También esto comporta una forma de hacerse presente en la vida y de anunciar los secretos o el misterio de Dios (1 Cor 4,1-2).

Habrá que reconocer que ese tratamiento de la creaci3n no siempre es fácil; y que además los hombres nos vemos absorbidos y agobiados por multitud de problemas. La vida abofetea y sorprende a veces dolorosamente: nos encontramos entonces dentro de la paradoja y tendrémos que saber leer y descifrar los acontecimientos haciéndonos cargo de lo que la vida tiene de misterio.

Pablo hablaba a los corintios de dificultades concretas: personas con nombres propios (Pablo, Pedro, Apolo ...) y realidades contantes y sonantes, como son el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro ... La opci3n, pues, será asumir o no **todo** como una realidad con la que es preciso contar y dar a esa realidad una respuesta válida y, en la medida de nuestras fuerzas, coherente. Pero  coherente, con qué? Con Dios y con Cristo. O dicho de otra manera: con una visi3n de fe y una iluminaci3n o perspectiva que tenga que ver con el Evangelio.

Como final valdría la pena decir que la intuici3n del Vaticano II, ante una situaci3n humana y cultural que desafiaba la fe de los cristianos y su manera de estar en el mundo, fue aceptar gozosamente esta nueva situaci3n hist3rica. Para el Vaticano II, la dificultad que este mundo nuestro ofrecía a la fe de los cristianos necesitaba entenderse como una llamada de Dios y, para la Iglesia, una ocasi3n privilegiada para repensar y recuperar su identidad. A veinte años de distancia de aquel acontecimiento, aún podemos preguntarnos si hemos asumido o no aquel desafío. Si miramos con nostalgia el pasado, será porque nos negamos a la evidencia de leer con serenidad el presente. Esto equivaldría a bloquear todo crecimiento y madurez en la fe.

Hemos intentado soslayar palabras piadosas. A lo mejor, con ello, hemos puesto más oscuridad en nuestro discurso, cuando lo que pretend mos era no prejuzgar nuestra reflexi3n. A cada uno corresponde ahora traducir o situar su propia vida al alcance de estas ideas, que sencillamente pretenden llamar la atenci3n sobre lo que es vivir con fe, con esperanza y con amor. Y vivir hacia adelante, esto es, creciendo y madurando en la fe.

Carlos García Hirschfeld